

MANUEL REYES MATE

Profesor de Investigación ad honorem en el Instituto de Filosofía
del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

De María Zambrano a Jorge Semprún, un hilo invisible

Resumen

Zambrano y Semprún, dos personajes muy diferentes pero unidos por tres trazos sobre los que discurre el texto. En primer lugar, la centralidad del exilio, en un caso, y de la deportación, en otro, hasta el punto de constituirse en forma de existencia. La necesidad, en segundo lugar, de crear un marco teórico para expresar su experiencia intelectual y humana. En un caso es “la razón poética” y en otro la creación artística. Finalmente, la dimensión política de la memoria: España es, para Zambrano, una cadena de exilios olvidados, lo que nos condena a su repetición. Para Semprún la posibilidad de un nuevo orden político, que él cifra en una Europa Unida, está supeditada a la posibilidad de hacer memoria del pasado tanto estalinista como fascista. Si el futuro de la política tiene que ser transnacional, estos pensadores del exilio pueden dar la pauta.

Palabras claves

Diáspora; exilio; patria; nación; Europa; guerracivilismo, España, razón poética, creación literaria, memoria fascista, memoria estalinista.

From María Zambrano to Jorge Semprún, an invisible thread

Abstract

Zambrano and Semprún, two very different characters but united by three traits on which the text runs. First, the centrality of exile, in one case, and of deportation, in the other, to the point of becoming a form of existence. Secondly, the need to create a theoretical framework to express their intellectual and human experience. In one case it is “poetic reason” and in another artistic creation. Finally, the political dimension of memory: Spain is, for Zambrano, a chain of forgotten exiles, which condemns us to its repetition. For Semprún, the possibility of a new political order, which he sees in a United Europe, is subject to the possibility of remembering the Stalinist and Fascist past. If the future of politics has to be transnational, these thinkers in exile can set the tone.

Keywords

Diaspora; exile; homeland; nation; Europe; civil war, Spain, poetic reason, literary creation, fascist memory, Stalinist memory.

Son figuras muy diferentes. María Zambrano es filósofa, pensadora vuelta hacia sus adentros, y le preocupa España. Jorge Semprún es escritor, intelectual extrovertido, y le preocupa Europa. No es lo mismo ser filósofa que novelista, ni pensadora que intelectual, ni España que Europa. Lo que hay que añadir, a renglón seguido, es que, pese a las diferencias, hay conexiones profundas: ambos son exiliados; son buscadores de la verdad porque no les valen los marcos heredados; y, finalmente, pesa en ellos la dimensión política de la memoria. Vamos a desglosar estos tres puntos

La centralidad del exilio en sus vidas y obras

El exilio en el caso de María Zambrano tiene unas características que dan idea de su importancia. Lo entiende como diáspora. Remite pues su significación a la que tuvo el exilio entre los judíos. Ahí no es un accidente sobrevenido por la fuerza de sus enemigos, sino una experiencia substantiva. No es destierro, ni transtierro, ni refugio porque en estos casos el exiliado no se va nunca de su país, sino que vive fuera pensando sólo en volver a su tierra. La diáspora en el judaísmo es, en primer lugar, rechazo a conformar un Estado propio y, sobre todo, entender el exilio como forma de existencia.

Aclaremos que la diáspora no es nomadismo ni cosmopolitismo porque aquella, a diferencia de estos, sí tiene tierra. Es lo que dice Maurice Blanchot cuando analiza el concepto de judío. Dice que está compuesto de dos momentos: el hebreo, representado por Abraham; y el israelita, por Jacob. Recordemos que Abraham es el que para ser se va de casa; Jacob el que lucha durante toda la noche contra un extraño al que no suelta, sino que abraza. El desconocido le dice entonces que en adelante se llamará Israel. Si Abraham representa el momento del irse, Israel el de quedarse en algún lugar que, aunque sea de paso, siempre quedará abrazado a él. El judío es el que vive fuera de su tierra, como un huésped agradecido, pero sintiendo ese lugar extraño como propio, aunque no le pertenezca ni se pertenezca.

Zambrano señala además de la salida, su irreversibilidad. Cuando cruza la frontera no hay vuelta atrás pues a partir de ese momento cambiará el lugar que uno deja y cambiará el sujeto que lo deja.

Pero lo que deja claro María Zambrano es que el exilio es una experiencia singular, pues abre a grandes descubrimientos. Permite, en primer lugar, descubrir la verdadera patria, algo vedado al patriota o al nacionalista, porque la verdadera patria consiste en el exilio: «tiene la patria verdadera por virtud, dice, crear exilio. Es su signo inequívoco». Ese descubrimiento, que es el fundamental, debió de ser difícil de alcanzar pues la mayoría de los exiliados con lo que soñaban era con la patria que habían dejado atrás, aunque en muchos de esos casos su tierra natal –Galicia, Cataluña o País Vasco– fuera imaginada con mayor pesantez étnica y política. Pensemos en los Castelao, Tarradellas o Telesforo Monzón. No se ve muy bien por qué convocan a Zambrano a sesiones académicas que hablan del «exilio republicano». Para la mayoría de ellos, el republicanismo del exilio lo que quiere dar a entender es el plus de autonomía que debería reconocerse a cada una de las comunidades autonómicas llamadas históricas. ¡Como si el sufrimiento de

los exiliados republicanos debiera saldarse con un grado mayor de autogobierno! Marchan en dirección contraria a la que propone María Zambrano, que no habla de más patria sino de otro modo de entenderla

Un segundo descubrimiento, también sorprendente pero complementario, es que el exilio, lejos de ser una pérdida, es un enriquecimiento, un principio de realización. Esto hay que entenderlo bien porque María Zambrano no desea a nadie pasar por ese mal trago. Con el exilio pierdes todo: todo lo material y mucho de lo espiritual porque te ves privado del círculo de influencia que alimenta el espíritu de cada cual. Se pierde todo, hasta el acento. ¿Entonces? Entonces, con un quiebro muy agustiniano, nos viene a decir que quien pierde su vida, la gana. Esa dura experiencia es capaz de disolver el prejuicio más arraigado de Occidente, a saber, que para ser humano hay que tener una polis, una patria. Ese mito que ha alimentado la cultura política de Occidente durante varios milenios queda disuelto con la experiencia de la diáspora.

Y hay algo más. Su experiencia de exiliada proyecta una nueva luz sobre el ser de España, a saber, que es exilio. Lo suyo no es una rareza sino una constante, por eso dice «somos exilio». Nos hemos conformado así, de ahí el tópico de las dos Españas que María Zambrano no quiere, como tantos otros (incluido Antonio Machado), enfrentarlas, sino cambiarlas.

También la vida y obra de Jorge Semprún están ancladas en el exilio. Él se sentía un «ex deportado de Buchenwald». En esa extraña situación de aherrojado a la vida están las raíces de una existencia desarraigada. Leo el párrafo entero: «cuando de vez en cuando se me pregunta con cierta extrañeza o irritación dónde se encuentra mi verdadera identidad, si soy francés o español, escritor o político, puede suceder que yo sencillamente conteste, sin tener que pensármelo mucho: Soy en primer lugar y ante todo un ex deportado de Buchenwald...ahí echó raíces mi identidad desarraigada». No dice «un exiliado de España», sino «ex-deportado de Buchenwald». Reconozcamos que es una formulación paradójica porque si deportado equivale a exiliado, lo que está queriendo decir no es que es alguien que abandona el exilio y vuelve a casa (como hicieron los repatriados), sino alguien que no puede perder su relación con la deportación. Si el deportado es alguien que, literalmente, sale a la fuerza del puerto, el exdeportado no es alguien que vuelve al puerto, sino que convierte la salida en su hábitat, como yéndose constantemente, como si el campo lo inundara todo, como si todo fuera campo y su tarea consistiera no en escapar sino en transformar su relación con el lugar en el que se encuentra.

Coinciden pues, en lo tocante al exilio, en considerarse apátridas. Estén donde estén, no ligarán el sentido individual y político de sus vidas al peso de la tierra y de la sangre, sino al paso, a la salida, al exilio. La superación del exilio no consiste en volver a casa sino en transformar desde dentro las patrias, las pertenencias. La pertenencia se le presenta a Semprún como Lager o como un lugar del que hay que irse, y, a María Zambrano como un lugar del que se ha ido.

También coinciden en la necesidad de crear un nuevo marco de conocimiento

María Zambrano se inventa el concepto de «razón poética» para designar su forma de aproximarse a la verdad. De Ortega y Gasset ha aprendido que España

tiene un pleito con la racionalidad moderna, que la ha sentido como extraña porque su carácter ilustrado o crítico condenaba a la irracionalidad a zonas del pensamiento, habitado por el arte, la literatura o la mística, zonas de pensamiento muy transitadas por la cultura española.

Ha contribuido a esa sensación, por un lado, la filosofía centroeuropea que ha considerado al *Weltgeist* como «germánico» y «protestante» (colocando a la cultura latina en la pre-historia de la razón). Ortega ya sacó los colores a Hegel cuando éste colocaba a la cultura latina entre lo «semita» (tan inferior a lo «ario») o cuando afirmaba que en los México y Perú prehispánicos no había cultura de verdad... Y, por otro, nuestra propia conciencia o, mejor, nuestro propio complejo de inferioridad, bien visible cuando tantos, Unamuno incluido, decía que la filosofía en español estaba en la literatura. Eso, que puede parecer un piropo dirigido a la literatura, no oculta el complejo de inferioridad de un pensar que no parece saber expresarse en el rigor y la altura del *Traktak*.

María Zambrano se hace cargo de esa interpretación, pero dándole un giro muy productivo. El problema, viene a decir, no lo tiene un pensar tan sensible a lo irracionalidad, como el español, sino una filosofía que ya desde Parménides separa lo lógico de lo sagrado, y expulsa lo sagrado de la racionalidad, con el agravante de que el ser no estaría en el ente sino en la abstracción del ente. Para esa filosofía el mundo real estaría poblado de entes materiales, sí, pero vacíos de ser, es decir, sumidos en la soledad y en el sinsentido.

Zambrano propone una «razón poética, es decir, un reencuentro de lo lógico con lo poético. Entender lo que Parménides rebajaba a no-ser como parte de la realidad puede resultar difícil a la metafísica, pero no a la poesía. Dice Machado: «la poesía, hija del fracaso, del amor, logra lo que la metafísica, el conocimiento, no puede». Y sigue: «la mente humana posee un concepto de realidad, la suma de cuanto no es, que sirva lógicamente de límite y frontera a la totalidad de cuanto es».

También Semprún necesita un nuevo instrumental, una nueva figura hermenéutica, para poder expresar una realidad que escapa al logos ilustrado. Recordemos un momento fundamental de su biografía. Siempre soñó con ser un escritor. Ese deseo se multiplicó con la experiencia de Buchenwald. Ahí se encontró con un material de trabajo excepcional, por eso dio tantas vueltas a cómo contar lo vivido. En *La escritura o la vida* dice que esa preocupación era compartida por muchos otros supervivientes. De hecho, se produjo un debate con dos posiciones bien diferenciadas: por un lado, los que pensaban que mejor ser sobrio y no añadir nada que bastante habían vivido. Otros, como él, decían que para transmitir algo de lo experimentado había que recurrir a la creación artística. No bastaba contar los hechos; si se quería hacer con el significado y transmitir algo de la experiencia vivida, esa zona que escapa a la racionalidad fáctica del reportaje o del documento o del historiador, había que echar mano de la creación literaria.

La comparación con Zambrano es interesante. A una y otro les urge encontrar un lenguaje capaz de trascender los hechos, de captar lo marginado por el concepto (que en su caso es lo «sagrado» y en otro, lo «vivido»).

Lo que les diferencia es el objetivo que persiguen. María Zambrano, «lo divino», esto es, un abrirse a lo no-ídntico, a lo desecharo por el concepto, por el ser de Parménides y la razón cartesiana. Un reencuentro de lo poético o mimético del hombre con las cosas, un restablecimiento de la unidad ingenua de la mente con las cosas, de la filosofía con la poesía. Lo que Semprún persigue es más bien «la región crucial del alma donde el Mal absoluto se opone a la fraternidad». Busca la encrucijada humana más decisiva, es decir, la razón por la que la libertad humana se embarca en el mal absoluto, en querer borrar de la faz de la tierra lo que él llamaba fraternidad y, Etienne de le Boëtie, amistad.

Son enfoques diferentes, pero quizá no tanto porque Zambrano no puede adentrarse en esa región de lo divino, que ella quiere alcanzar, más que desacralizando un mundo lleno de ídolos que, como sanguijuelas, absorben la vitalidad del ser humano. Hay construcciones del hombre, elevadas a sagradas, que obstaculizan la circulación de esas energías que las transcienden. Están pensando en figuras como las filosofías modernas de la historia o en «valores» como el progreso. Sólo desacralizándolos podemos acceder al sentido de lo divino.

Para Semprún el mal son las dos encarnaciones del totalitarismo: el estalinista y el fascista. Sólo hay futuro en la medida en que el presente se emancipe del peso de ese pasado. Enfoques diferentes pero la misma convicción epistémica: la idea aristotélica de que hay más verdad en la poesía (en el arte) que en la historia (que en la ciencia).

El tercer tema de referencia lo constituye la dimensión política de la memoria

María Zambrano lamenta, en su *Carta sobre el exilio*, la actitud de las nuevas generaciones españolas que no quieren saber nada del exilio. Así, piensa ella, no entenderán nada de lo que ha pasado ya que «sobre la figura del exilio se han acumulado todas las guerras civiles de la historia de España». La experiencia del exilio nos permite descifrar nuestra historia como una guerra civil permanente, y la memoria de esa experiencia nos puede permitir superarlo. Por eso dice ella: «somos memoria, memoria que rescata». La memoria de ese guerracivilismo es lo que nos permitirá acabar con él.

Para Zambrano la memoria no es, pese a todo su sufrimiento, traumática sino salvadora; para Semprún, por el contrario, la memoria es traumática. Recorremos que, tras la liberación, este joven que tenía vocación de escritor tuvo que renunciar a su sueño. Contra todo pronóstico, descubrió que tenía que elegir entre *La escritura o la Vida*. Para escribir tenía que recordar y eso le llevaba, como a tantos otros, al suicidio. Si decidía vivir, tenía que olvidar. Descubre que la memoria es peligrosa.

Decide vivir y elige como forma de vida la huida hacia adelante que eso era su trepidante activismo político en el seno del PCE. Vivía sin mirar atrás, jugándose la vida en cada una de sus incursiones al interior del Estado franquista. No era él del todo, pero era todo lo que podía ser en ese momento. Y así durante 16 años, hasta que, como Don Quijote, recobra la razón, vuelve en sí, y puede escribir. La memoria le permite escribir, por cierto, pero también re-pensar la política. Ya no es el comunismo lo que re-piensa sino Europa.

Piensa en una Europa unida y de ella dirá que nace en campos como el de Buchenwald. Esa Europa no es un mercado común, sino, en términos de Husserl, un «espacio espiritual», capaz de superar los totalitarismos fascistas y comunistas que, curiosamente, están construidos sobre ideologías o imaginarios «materialistas», tales como la sangre y la tierra, tan propias de los nacionalismos.

Lo que dice sobre política este Semprún que ha recobrado la memoria es que, para ganar el desafío que supone una nueva Europa, no basta un cambio estratégico (pasar del estalinismo al eurocomunismo) sino una revisión de las raíces ideológicas que llevaron al totalitarismo, y una asunción de responsabilidades por los crímenes cometidos.

Es ésta una tarea pendiente. En nuestras leyes sobre Memoria Histórica hablamos mucho de la memoria fascista y nada de la memoria estalinista. Memoria hemipléjica, dice él. Ahí tenemos un problema.

No se trata de equiparar fascismo a comunismo. Entre el campo estalinista de trabajos forzados y el campo nazi de exterminio hay una diferencia cualitativa y cuantitativa. Si el comunismo sedujo tanto a los intelectuales críticos fue en buena medida por la claudicación de personas e instituciones liberales ante el fascismo: ¿habrá que recordar la fascinación del joven Winston Churchill por Hitler y Mussolini? Significativo es que haya tantos excomunistas, críticos con el estalinismo, y tan pocos exfascistas que se hayan enfrentado al fascismo. Son dos movimientos internamente incomparables, pero que coinciden en haber sido totalitarios. Ese pasado es el que convoca Semprún para conjurar su peligro y abrir Europa a un nuevo tiempo.

Conclusión

No es frecuente que los exiliados reflexionen sobre el exilio. Lo toman por una circunstancia sobrevenida que pasa. Zambrano y Semprún, no. Ven en el exilio las bases para una forma universal, transnacional, de entender la política. En el momento de las grandes emigraciones y del mundo globalizado, el Estado-nación hace aguas por todos los costados. El exilio o la diáspora se presentan como alternativas racionales a la actual crisis de lo político. Como dice Giorgio Agamben, «el exilio ha dejado de ser una figura política marginal para afirmarse como un concepto filosófico –político fundamental, tal vez el único que, al romper la espesa trama de la tradición política todavía hoy dominante, permita replantear la política de Occidente». Si eso es así, hay que reconocer que las reflexiones de Zambrano y Semprún sobre su experiencia de exiliados son unas referencias obligadas que esperan de sus lectores mayor atención que las que hasta ahora se les ha prestado.

Referencias bibliográficas

En el texto hay pocas citas. Se las he ahorrado al lector porque son fácilmente reconocibles y porque así puede seguir mejor el rastro del discurso. Las de María Zambrano sobre el exilio las puede encontrar en la recopilación que ha hecho de ellas Juan Fernando Ortega Muñoz en el libro *El exilio como patria* (Anthropos, 2014). También puede repasar *Los Bienaventurados* de María Zambrano (Siruela,

1990). Me ha sido de mucha ayuda el estudio introductorio de Francisco José Martín a su *Zambrano. España. Pensamiento, poesía y una ciudad* (Biblioteca Nueva, 2008) que es como un mapa del universo zambranista. En el n.º 70/71 de la revista *Anthropos*, dedicado a *María Zambrano. Pensadora de la Aurora* encontrará el lector, además de una rica bibliografía, iluminaciones como las de Eduardo Subirats o Chantal Maillard, recogidas en el texto presente.

Las referencias relativas a la obra de Jorge Semprún las hallará el lector en algunos de sus libros más conocidos: *Autobiografía de Federico Sánchez* (Planeta, 1997; *La escritura o la vida* (Tusquets, 1995); *Pensar en Europa* (Tusquets, 2006) o «Memoria del mal», texto de las Conferencias Aranguren, en *Isegoría*, n.º 44, enero-junio 2011, 377-412. Acaba de ser traducido un libro de Patrick Rotman, *Ivo y Jorge*, (Tusquets, 2022) cuya lectura el lector agradecerá por su viveza y puntería.

La referencia a Giorgio Agamben está tomada del texto «Política del exilio», inserto en el libro editado por Héctor C. Silveira, *Identidades comunitarias y democracia*, Trotta, 2000). Enzo Traverso también viene en ayuda con su estudio introductorio a la recogida de textos, editados bajo el título de *Le totalitarisme. Le XX siècle en débat. Textes choisis et présentés par E.T.*, (Seuil, 2001)

De María Zambrano a Jorge Semprún, un hilo invisible
MANUEL REYES MATE



Ronda 300 x 139cm 2017

PROPIEDAD DEL AYUNTAMIENTO DE RONDA. SE PUEDE VER EN LA CAPILLA JESÚS GONZÁLEZ DE LA TORRE EN RONDA.